

IV

La Santísima Virgen nos influencia por la gracia

En el capítulo precedente hemos visto que la Santísima Virgen, de manera espiritual, está junto a nosotros y en cierto sentido incluso en nosotros, porque Ella nos ve clara y continuamente en Dios, con todo lo que somos, todo lo que hacemos y sufrimos, tanto por dentro como por fuera. Y si elevamos entonces la mirada de nuestra alma hacia Ella, si pensamos en Ella, el círculo se cierra y podemos hablar de unión con Ella. Y si lo hacemos habitualmente, en cuanto lo permite nuestra condición actual sobre la tierra, podemos hablar de unión permanente y de vida incesante en su presencia.

Pero hay más y mejor. Existe otra causa más eficaz y profunda de contacto espiritual permanente entre la Santísima Virgen y nosotros: Ella está junto a nosotros, y en cierto sentido en nosotros, por la influencia incesante de gracia que, como instrumento consciente y consintiente de la Divinidad, y también de Cristo en cuanto hombre, Ella ejerce sobre nosotros¹³.

Alguien puede ser causa de la gracia santificante o actual de dos maneras, siempre —claro está— en subordinación a Dios y a Cristo en cuanto hombre: **moralmente**, o de manera **física** e inmediata.

Ante todo, un ejemplo para ilustrar esta doble causalidad.

Una mamá da a su hijo de cinco o seis años, para ocuparlo, un lápiz y un pedazo de papel: «Vamos, hijo mío, escribe algunas cosas

¹³ Para todas estas consideraciones explotamos una opinión teológica muy seria, que no tenemos por qué defender aquí, que reúne el asentimiento de un número cada vez mayor de Mariólogos.

bonitas». La mamá, por sus palabras y por su aliento, no es la causa física de esta acción de escribir, pues no es ella la que escribe, no es ella la que realiza esta acción. Pero por una influencia moral convence a su hijo para que la realice. Ella es, pues, su causa **moral**.

Pero esta misma madre tiene otro crío de apenas tres o cuatro años, que también quiere escribir, aunque todavía no sabe sostener un lápiz o un bolígrafo. «Vamos, cariño, escribiremos los dos juntos». La mamá pone el lápiz entre las manitas de su pequeñín, pone esta mano dentro de la suya y la hace escribir con gran alegría de su tesoro. Esta vez la mamá no es sólo causa moral, sino también causa **física** de lo que se escribe: ella es la que escribe inmediata y realmente, aunque lo haga a través de la mano inexperta de su niño.

Otro ejemplo ahora en el plano sobrenatural. De viaje me encuentro con alguien. Charlamos. Mi interlocutor muestra rápidamente que no tiene la conciencia en paz. Se deja ganar por algunas palabras amables, y se decide a ordenar sus asuntos espirituales. A su llegada busca un sacerdote, que escucha su confesión y le da la absolución, y por lo tanto la gracia santificante. Yo he sido la **causa remota y moral** de la gracia santificante en esta alma por mis consejos y tal vez por mis oraciones; mientras que el sacerdote que la absolvió ha sido su **causa eficiente, inmediata y física**, puesto que ha dicho: «*Yo te absuelvo de tus pecados*»; cosa que, evidentemente, el sacerdote no puede hacer por sí mismo, sino sólo como instrumento vivo y ministro de Cristo.

Ahora bien, cuando llamamos a la Santísima Virgen Mediadora de todas las gracias, queremos decir con ello que, juntamente con Cristo y en subordinación a Él, Ella mereció durante su vida todas las gracias, y ahora nos las destina y las obtiene para nosotros por una oración infaliblemente escuchada. Ella es, pues, de más de un modo, causa remota y moral de las gracias que Dios

infunde en nuestra alma. Todo esto, sin embargo, no establece aún un contacto inmediato entre Ella y nosotros.

Pero, como hemos visto más arriba, podemos admitir, por sólidas razones, que cuando la Santísima Virgen nos ha destinado y obtenido la gracia, Dios también se sirve de Ella para aplicarnos esta gracia, o hablando más claramente, para producirla en nosotros. Y por eso Ella, por virtud de Dios y de Cristo, es la causa subordinada, pero real, inmediata, eficaz y productora, de toda gracia, santificante o actual, sacramental o extrasacramental, esto es, producida por medio de los sacramentos o sin ellos. Lo que el sacerdote hace para ciertas gracias, la Santísima Virgen lo hace para todas. Por el bautismo el sacerdote, como ministro de Dios, confiere la vida divina al niño. Por la absolución devuelve o aumenta la gracia santificante en su penitente. Nuestra Señora confiere y produce la gracia santificante y actual en todas partes donde Dios la concede. León XIII la llama «*Dispensadora [con Cristo] en la comunicación de todas las gracias que se derivan del misterio de la Redención, de que Ella fue igualmente Cooperadora*»¹⁴. Y San Pío X la llama «*Princeps largiendarum gratiarum ministra*»: la principal Administradora de la comunicación de las gracias¹⁵.

Así María influencia muy frecuentemente, podríamos decir casi sin cesar, nuestra alma por la comunicación de la gracia actual, que nos es concedida abundantemente.

Pero Ella ejerce realmente sin cesar su influencia sobre las almas establecidas en estado de gracia. Pues la gracia santificante no

¹⁴ Encíclica *Adjutricem populi*. El término latino «*ministra*» es muy expresivo, pero difícil de traducir; lo mismo pasa con el término «*ministra*», que parece indicar en todo caso que la Santísima Virgen tiene la misión de aplicar, y, por lo tanto, de producir como instrumento de Dios, las gracias que nos son comunicadas.

¹⁵ Encíclica *Ad diem illum*.

nos viene solamente de Ella en su primera producción, sino también en la continuación de su existencia en nuestra alma. La gracia santificante debe ser mantenida en nosotros; y eso lo hace, después de Dios, la santa Humanidad de Jesús. Él nos lo enseña claramente cuando nos llama sarmientos de la viña, que no pueden vivir más que por la savia de la vid, que esta debe comunicarles incesantemente. Pero esta gracia santificante es conservada y mantenida también en nosotros, por debajo de Cristo, por María, Mediadora de toda gracia. Y así estamos sometidos sin cesar a la influencia y a la acción vivificadora de la santísima Madre de Dios.



Ahora bien, esta acción y esta influencia establecen y constituyen un verdadero contacto físico, aunque espiritual, con nuestra divina Madre. Si alguien pone su mano en la mía, sin que pueda verlo o escucharlo, diré: «¡Hay alguien aquí!». Cuando la Santísima Virgen toca, mueve o trabaja mi alma de manera espiritual, digo: «María está junto a mí por su acción». Para cumplir en un lugar determinado una acción material cualquiera, ante todo debemos estar en dicho lugar. No puedo hacer un paseo por Nueva York, ni comprar allí un reloj, ni conducir un auto, porque no estoy allí. Al contrario, para los seres que pueden ejercer una influencia puramente espiritual, la acción misma que realizan, la influencia misma que ejercen sobre otro ser, hace que estén presentes allí donde se encuentra el objeto de su influencia, el término de su acción. Es el caso de los ángeles y bienaventurados en el cielo. Nuestro ángel de la guarda, por ejemplo, está presente donde estamos nosotros, tanto porque nos ve, como explicamos precedentemente, como porque obra sobre nosotros, lo cual constituye un toque, un contacto espiritual, como también hemos dicho.

Así es como se dice, y justamente, que Dios está en todas partes, no sólo directamente por su Esencia, sino también por su

acción todopoderosa, por la que mantiene en la existencia todo lo que existe y realiza todo lo que se hace y todo lo que sucede en el mundo. Si Dios no estuviese en todas partes por su Ser, lo estaría por su Poder, por su acción universal y todopoderosa. Nuestra Señora, evidentemente, no está en todas partes por su acción. Pero Ella está dondequiera que haya almas en que Dios infunde o mantiene la gracia santificante, y dondequiera que Ella obre sobre estas mismas almas por las inspiraciones de la gracia.

De nuevo, es cierto, hemos de comprobar que, por desgracia, tampoco esta presencia es perfecta por nuestra parte, porque estamos todavía «*in via*», en camino hacia la plena Luz. No podemos ver directamente estas influencias de la gracia. No experimentamos la presencia de la gracia santificante en nosotros, ni su mantenimiento y aumento. No reconocemos tampoco directamente cuál es la causa de este mantenimiento y de estos progresos. Sin embargo, podemos tener una certeza moral de la existencia de la gracia santificante en nuestra alma, y sabemos por la fe que esta gracia es producida y mantenida en nosotros por Jesús y por su divina Madre.

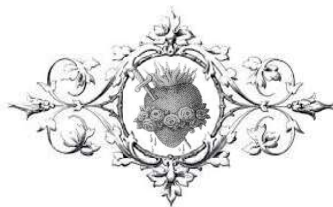
¡Qué difícil es para nosotros, almas totalmente prisioneras en la carne, comprender cómo la Santísima Virgen, que está en el cielo, puede obrar sobre nosotros a tales distancias, y cómo puede ejercer su acción sobre millones de almas a la vez! La explicación teológica de esta verdad no es demasiado difícil, pero exigiría una exposición que aquí estaría fuera de lugar. Hagamos notar solamente que la Santísima Virgen no obra en este campo por medio de su poder o virtud propia, sino por lo que la teología llama «*poder obediencial*», es decir, por el poder ilimitado inherente a toda creatura, desde el momento en que es movida y accionada por la Omnipotencia de Dios. Él puede servirse de la acción, incluso material, de cualquier creatura, para producir cualquier efecto, en cualquier lugar del universo. De este

modo el poder de la creatura, a condición de que Dios quiera servirse de él, es realmente ilimitado, y la Santísima Virgen, por ejemplo, como consecuencia de la moción divina, puede obrar simultáneamente sobre centenares de millones de ángeles y de hombres.

Montfort pensaba en este tipo de presencia y en esta unión cuando escribía: «*San Agustín, sobrepujándose a sí mismo y a todo lo que acabo de decir, dice que todos los predestinados, para ser conformes a la imagen del Hijo de Dios, están en este mundo escondidos en el seno de la Santísima Virgen, donde son guardados, alimentados, mantenidos y desarrollados por esta buena Madre...*»¹⁶. Se trata, evidentemente, de una metáfora, en el sentido de que Montfort no se refiere aquí del seno corporal de Nuestra Señora. Pero en todo caso quiere decir sin duda alguna que los predestinados están estrechamente vinculados y unidos a la Santísima Virgen, y que en esta unión son guardados, alimentados, mantenidos y desarrollados en la vida de la gracia, en la vida de Jesús, en la vida de Dios mismo.

En los capítulos siguientes trataremos de hacer comprender mejor estas cosas, y justificarlas aún más.

Mantengámonos fielmente entregados a la acción y a las influencias de gracia de Nuestra Señora, por más que no podamos percibir directamente esta acción beneficiosa. Y séanos un gran gozo saber que en la misma medida en que aumenta la gracia santificante, la vida divina en nosotros, se intensifica también esta dulce unión con Ella.



¹⁶ Tratado de la Verdadera Devoción n. 33.

V

Ella en nosotros, nosotros en Ella

En los capítulos precedentes hemos hablado de la presencia espiritual de la Santísima Virgen junto a nosotros, en cierto sentido en nosotros, y de nuestra unión real con Ella.

No se trata en este caso, decíamos, de una presencia sustancial, gracias a la cual Nuestra Señora estaría en cuerpo y alma junto a nosotros, al modo como Dios con su Ser inefable vive directamente en nosotros por la gracia. María está junto a nosotros y en nosotros, como hemos visto, ante todo por el hecho de que Ella nos ve espiritualmente, y ve y conoce todo lo que nos pasa, todo lo que sucede en nosotros, todo lo que nos concierne tanto exterior como interiormente; y luego, porque Ella nos influencia, nos «trabaja», muy a menudo por la gracia actual, y sin cesar por la gracia santificante que, como instrumento vivo y consciente de Dios y de Cristo, Ella produce y mantiene incesantemente en nosotros. Esta influencia física de la Santísima Virgen, aunque de orden espiritual, es un verdadero toque en nuestra alma, un verdadero contacto de María con ella, por el que Nuestra Señora nos sigue estando estrechamente unida.

Comprendemos mejor ahora por qué San Luis María no habla solamente de vivir **junto a** María, en su compañía, sino de una vida de nosotros **en** María y de María **en** nosotros. En efecto, se trata aquí de una presencia espiritual, que comporta siempre una compenetración mutua de espíritu a espíritu, de alma a alma. Los cuerpos son impenetrables. La impenetrabilidad es una cualidad fundamental de la materia. Pero esta ley no vale para las almas, para los espíritus. De las almas y de los espíritus que están unidos uno a otro, hemos de decir que están uno en el otro. Y aunque de los seres espirituales unidos pueda decirse que viven recíprocamente uno en el otro, normalmente nos representaremos al ser inferior, menos perfecto, como viviendo en el

ser superior, más perfecto, y nos expresaremos de este modo por analogía con los seres materiales, para los que el continente debe ser mayor y más vasto, por la naturaleza misma de las cosas, que el contenido. Podemos hablar aquí, pues, de María en nosotros y de nosotros en María. Pero de preferencia nosotros nos representaremos como viviendo en Ella, y hablaremos generalmente de nuestra vida en María, porque el ser de Ella, cuanto al don de naturaleza y de gracia, es incomparablemente más vasto, rico, grande y amplio que el nuestro.

Hablamos de María **en** nosotros, y no sólo **junto a** nosotros. Y es que la Santísima Virgen no nos ve de manera exterior y superficial; pues su mirada materna sondea los riñones y los corazones, como dice la Escritura, y penetra hasta lo más profundo de nuestra alma. Y su influencia espiritual de gracia, aunque se ejerce a veces, es cierto, sobre nuestros sentidos y pasiones, sobre nuestra memoria e imaginación, penetra mucho más allá y nos capta mucho más profundamente: Ella llega hasta nuestras facultades puramente espirituales, la inteligencia y la voluntad, en las que generalmente se produce la gracia actual, e incluso hasta la sustancia misma del alma, pues allí es donde reside la gracia santificante, por la cual la Santísima Virgen, juntamente con Jesús, ejerce su influencia materna sobre nosotros.



A pesar de todas las explicaciones teológicas que se nos puedan dar sobre este tema, nos es difícil, en las condiciones materiales de nuestra existencia terrena, concebir esta presencia espiritual como una unión verdadera. Nos aferramos siempre a la presencia material, local, fuera de la cual no puede haber unión verdadera entre hombres que viven en las condiciones de la tierra. Para facilitarnos la comprensión de la presencia de la Santísima Virgen y de nuestra unión con Ella, avancemos la siguiente propuesta

que el poder divino podría realizar perfectamente. Tratemos de representarnos la cosa vivamente y de reflexionar en ella a fondo.

Por acción de las circunstancias vives lejos de tu madre, a 20, 100 o 150 kilómetros de distancia. Piensas en ella muy seguido, y ella aún mucho más en ti; pero salta a la vista que no hay ningún contacto verdadero, inmediato, ni siquiera espiritual, entre tú y ella; estáis separados, alejados uno del otro. No se podría hablar en este caso de una verdadera presencia mutua.

Pero supón ahora que, por una omnipotente y muy posible intervención de Dios, se realice lo que sigue. Con una mirada espiritual, pero muy clara y nítida, ves sin cesar a tu madre, todo lo que ella hace exteriormente, todo lo que ella piensa y siente en su interior. La ves en tal o cual habitación de la casa paterna, en esta o aquella actitud, ocupada en este o aquel trabajo. Puedes seguirlo todo en ella, incesante e indistintamente. Por su parte, ella tiene el mismo privilegio. También ella, con su mirada materna y afectuosa, te sigue en todo lo que haces y piensas, en todo lo que experimentas y sufres. Podéis comunicaros entre los dos; entre tú y ella hay un vínculo incesante; podéis charlar juntos e intercambiar vuestros pensamientos e impresiones.

Eso ya sería mucho. Pero supongamos que hay más. Tu madre puede consolarte, alentarte, darte buenos consejos; ella puede también sostener tu salud cuando se siente debilitada, puede incitarte a una vida más hermosa y más pura; en una palabra, puede ejercer sobre ti en todo instante una influencia beneficiosa y santificadora. De tu lado tienes las mismas posibilidades. Tú también puedes ayudar a tu madre y asistirle en el doble plano material y espiritual. Puedes restaurar sus fuerzas extenuadas, alegrarla en sus tristezas, aumentar un poco más su fervor y su generosidad, etc.

Si sabes hacer abstracción del modo como se realiza ordinariamente en este mundo la presencia mutua, y te penetras a fondo de la suposición que acabamos de hacer, reconocerás que en este caso vivirías realmente unido a tu madre, y que podrías hablar en este caso de verdadera presencia mutua, aunque vivierais corporalmente separados por una distancia de decenas o centenas de kilómetros. En esta hipótesis sólo te faltaría una cosa: poder contemplar a tu madre con tus ojos corporales, agarrar su mano, besarla afectuosamente... Pero en realidad estarías unido a tu madre de manera más verdadera, preciosa e íntima que si vivieras con ella bajo el mismo techo.

Todo esto, evidentemente, no es más que una suposición en relación con nuestra madre de la tierra. Pero es una verdadera y encantadora realidad en relación con nuestra Madre del cielo, como se deduce de nuestras explicaciones precedentes. Es cierto que, de nuestra parte, hay puntos flacos y lagunas en esta unión. En las páginas siguientes veremos cómo podemos remediar estas debilidades y colmar estas lagunas, al menos parcialmente.



Las explicaciones que acabamos de dar, por su supuesta novedad, pueden parecer sorprendentes e incluso extrañas a ciertas personas. Por eso da un gozo tranquilizador encontrar expuesta esta doctrina, de idéntico modo en cuanto al fondo, por autores muy antiguos y de la mayor competencia. Damos aquí la traducción de un extracto de un sermón de San Germán de Constantinopla († 773), una de las mayores figuras de la Iglesia oriental, tan profundamente devota de la santísima Madre de Dios.

«¿Cómo sería posible, santísima Madre de Dios, que, dado que el cielo y toda la tierra recibieron toda su belleza por Ti, al dejarnos hayas dejado a los hombres privados de tu vista?»

Pero no, que cada día alegras e impresionas con la visión de Ti los ojos de las almas, como si estuvieras todavía corporalmente y realizaras acciones humanas entre nosotros. En efecto, así como viviste en la carne con los hombres del tiempo de antaño, así también vives ahora con nosotros por el espíritu; y la protección incesante con que nos cubres es un indicio de tu presencia entre nosotros; y nosotros escuchamos tu voz, y el sonido de tu voz llega a los oídos de todos. Y todos nosotros, que somos conocidos de Ti por tu protección sobre nosotros, reconocemos sin cesar esta beneficosa protección. Pues Tú no has dejado a aquellos por quienes has sido causa de salvación; no nos has abandonado, reunidos juntos sin Ti. Tú nos visitas a todos, y tu mirada, oh Madre de Dios, reposa sobre todos nosotros. Por eso, aunque nuestros ojos no puedan verte, oh Santísima, Tú sigues viviendo en medio de todos nosotros, y te manifiestas de diversas maneras a quienes son dignos de Ti.

Pues la carne no se opone en nada a la virtud y a la eficacia de tu espíritu; ya que este espíritu tuyo sopla donde quiere, porque es puro y libre de la materia, incorruptible e inmaculado, y asociado al Espíritu Santo. Y tu cuerpo virginal es totalmente santo, completamente casto, enteramente el domicilio de Dios. Y por eso, Madre de Dios, creemos que realmente caminas con nosotros.

Sí, lo repito de nuevo en la exultación de mi alma: aunque hayas dejado la morada humana, no te has separado del pueblo de los cristianos. No, Tú no te has alejado de este mundo envejecido»¹⁷.

La lectura atenta y meditada de este texto espléndido convencerá a todo lector mínimamente instruido de que, para

¹⁷ Patrología Griego-Latina, tomo 41, col. 170, *De Dormitione Beatæ Mariæ Virginis*. Lo que refuerza singularmente el valor de este texto es que muy a menudo el santo autor vuelve sobre este pensamiento. Ver, entre otros, Al. Janssens, C.I.M., *Het Dogma en de Apocriefen*, p. 216.

nuestro gozo y edificación, encontramos aquí todos los elementos de nuestras explicaciones precedentes sobre la naturaleza de la presencia de María.



Beato Fra Angelico, 1434, "Coronación de María Santísima", Temple sobre tabla, Museo Nacional del Louvre, París, Francia.

VI

“Permaneced en Mí y Yo en vosotros”

Para comprender mejor la vida de unión entre la Santísima Virgen y nosotros, la hemos comparado a las relaciones mutuas que los ángeles y bienaventurados tienen entre sí en el cielo. Pero sobre todo debemos cotejarla con la «permanencia» de Cristo en nosotros y de nosotros en Cristo, de que Él nos ha hablado repetidas veces y dicho cosas maravillosas y conmovedoras.

Ante todo, una observación. Se trata aquí de nuestra unión a Cristo en cuanto **Hombre**, ya que en la alegoría de la vida de que hablaremos más lejos, Él se distingue netamente del Padre, es decir, su Humanidad de su Divinidad, puesto que dice: «*Yo soy la vida verdadera, y mi Padre es el viñador*»¹⁸. La misma observación vale, evidentemente, para los demás textos que vienen a continuación.

Jesús habló por primera vez de esta unión al anunciar el misterio de la Sagrada Eucaristía, de la sagrada Comunión, que es como una fusión de un tipo especial con Cristo, pero que tiene por efecto una unión estable y permanente: «*Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí mora y Yo en él*»¹⁹. El mismo indica cuál es el fundamento y la razón de ser de esta unión, a saber, una influencia constante que El ejerce sobre nosotros y por la cual nos comunica e infunde incesantemente la vida de la gracia: «*Así como Yo vivo por el Padre, así también quien me come vivirá por Mí*»²⁰. Por lo tanto, estamos en El y El en nosotros, porque vivimos de Él y por El, y Él nos comunica la vida de la gracia por un influjo constante de su santa

¹⁸ Jn 15, 1.

¹⁹ Jn 6, 56.

²⁰ Jn 6, 58.

Humanidad sobre nosotros. Es, pues, una unión espiritual muy profunda y estrecha. Este es el lazo principal que nos une a Él.

Jesús vuelve sobre esta unión maravillosa entre Él y nosotros especialmente en su discurso de despedida a los apóstoles en la última Cena, discurso en el que recopiló y condensó todo lo que su doctrina tiene de más hermoso, de más conmovedor, de más elevado. El Espíritu Santo es quien, al descender sobre ellos, les hará comprender estas magníficas verdades: *«En ese día comprenderéis que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros»*²¹. Es evidente que esta unión se realiza por la gracia santificante, que Cristo les comunica y que los hace semejantes a Aquel que posee en sí mismo la plenitud de la Divinidad: *«Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como Nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad»*²².

Viene luego esta espléndida alegoría, tal vez la más bella que jamás haya sido propuesta: *«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos»*²³. Estos sarmientos están unidos a la vid, y la vid sostiene a los sarmientos. Unión estrecha, íntima, profunda, sí, verdadera unidad de la cepa y de las ramas. Las ramas viven del tronco y le están unidas mientras absorben la savia vivificante de la cepa y se alimentan de ella; pero apenas dejan de absorber estos jugos vitales, dejan de pertenecer a la cepa, se secan, caen o son cortados, y se los echa al fuego. Esta es la alegoría de la unión de Cristo con los suyos. La permanencia de Cristo en nosotros y de nosotros en Cristo vuelve cinco o seis veces en esta alegoría: *«Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco*

²¹ Jn 14, 20.

²² Jn 17, 22-23.

²³ Jn 15, 5.

vosotros si no permanecéis en Mí... El que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto... Si alguno no permanece en Mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca... Si permanecéis en Mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis»²⁴. Y la apremiante y tan dulce exhortación: «¡Permaneced en Mí, como Yo en vosotros!»²⁵.

San Pablo, bajo la inspiración del Espíritu de Dios, dará vida a otra imagen de esta sublime verdad en el pensamiento y en el corazón de los cristianos: Cristo es la Cabeza, y nosotros sus miembros; El y nosotros estamos unidos estrecha y vitalmente en la unidad del Cuerpo místico. La Cabeza forma una sola cosa con los miembros, y los miembros con la Cabeza, por todo el tiempo en que los miembros reciben la influencia vivificante de la Cabeza. Cuando esta influencia se detiene, o cuando ya no es recibida o captada, la sangre se paraliza, la vida se para, el miembro se corrompe, cae y se separa. Se nos sigue proponiendo la misma verdad, pero bajo otra forma: somos uno con Cristo por la influencia vivificante e incesante que El ejerce sobre nosotros.



La Santísima Virgen es el Cuello del Cuerpo místico de Cristo, por el que se transmiten las influencias vivificantes de la Cabeza a los miembros, y al que los miembros están estrechamente unidos... Igualmente, la Santísima Virgen es como el Nudo vital de la Vid, que une la Cepa a los Sarmientos, y a través del cual la savia del Tronco es dirigida y canalizada hacia los diferentes Sarmientos. Nuestra unión a la Santísima Virgen, Madre de la vida, Comunicadora de todas las gracias, es de la misma naturaleza que la que nos une con Cristo. De

²⁴ Jn 15, 1-8.

²⁵ Jn 15, 4.

la misma naturaleza y del mismo tipo no quiere decir, evidentemente, del mismo grado e intensidad, porque Cristo es causa incomparablemente más poderosa, y origen más eficaz de la gracia en nosotros.

Y por eso podemos poner en labios de Nuestra Señora la mayoría de las palabras de Cristo sobre este punto. Estas palabras hemos de escucharlas muy atentamente, y meditarlas con fervor.

«Así como Jesús vive por el Padre, así también yo vivo por Cristo, y vosotros por mí... Ojalá reconocierais hoy que yo estoy en Cristo, y vosotros en mí, y yo en vosotros... Vosotros no podéis llevar fruto si no permanecéis en mí, como yo misma estoy en Cristo, y Cristo en el Padre. Quien permanece en mí y yo en él, lleva fruto abundante. Así como yo vivo por Cristo, así yo os doy la vida y vosotros viviréis por mí... Que todos sean uno, como Tú, Jesús, en mí y yo en ellos».

Luego viene la gran exhortación que encierra todo lo que tenemos que decir sobre la unión de la Santísima Virgen con nosotros: «Permaneced en mí y yo en vosotros».

«Permaneced en mí por la gracia santificante, que es el lazo vivo que os une conmigo. Permaneced en mí por una caridad creciente, que es la fuerza y el poder misterioso que os lleva hacia mí, y a mí hacia vosotros. Permaneced en mí sometiéndoo cada vez más total y dócilmente a mi influencia de gracia. Permaneced en mí por medio de un pensamiento frecuente, un recuerdo constante, una mirada continua de alma puesta en mí».

De este modo nuestra vida será un anticipo delicioso de la dulcísima unión que en Dios saborearemos con Ella por toda la eternidad.